

EL TRANSFONDO ECONOMICO-POLITICO DE PUEBLA

En Enero de 1979 se reúne en Puebla la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. En ella se reunirán más de 350 participantes, de los que más de una tercera parte serán obispos representantes de todas las naciones de América Latina.

La importancia religioso-eclesiástica de esta Reunión de Puebla es grande. Es el acontecimiento religioso más importante dentro de la Iglesia Católica, después de Medellín, donde se reunió la II Conferencia General hace poco más de diez años. Aunque se trata de un acontecimiento regional, pues no abarca a toda la Iglesia católica sino tan sólo a la Iglesia latinoamericana, no puede olvidarse que América Latina ofrece hoy, y sobre todo en el futuro, el mayor conglomerado de católicos. América Latina ofrece también uno de los desafíos más importantes a la misión de la Iglesia, en cuanto representa la situación, las necesidades y exigencias, del Tercer Mundo, del Mundo de los pobres. Y no puede olvidarse que el cristianismo es, ante todo, un anuncio de salvación para los pobres. Lo que suceda en Puebla repercutirá no sólo sobre la Iglesia latinoamericana sino sobre la Iglesia universal. De ahí el "cuidado" que se ha tenido en prepararla y en seleccionar a los asistentes.

Pero es también grande la importancia económico-política. Toda la fuerza social de la Iglesia latinoamericana, que es todavía mucha, va a verse forzada a tomar partido por la situación económico-política del continente. El mensaje cristiano no es independiente de la situación en la que se predica y la situación del continente latinoamericano tiene hoy unas típicas características económico-políticas. Por ello la Iglesia ha de enfrentarlas, persuadida de que no puede hablar de salvación o de liberación, si no atiende a la situación material que condena y oprime a tantos hombres latinoamericanos. La Iglesia no puede resolver los problemas económicos, pero puede poner su peso moral y su fuerza social en un estilo de resolver los problemas económicos o en su contrario.

Es éste el aspecto que quisiera subrayar más en este pequeño artículo.

No se puede entender lo que significa Puebla sin referirse a lo que sucedió en Medellín. En la anterior Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, la Iglesia sorprendió al mundo y en buena



medida a sí misma poniéndose decididamente en favor de la liberación de los oprimidos. Reconoció el hecho evidente de la lastimosa situación socio-económica y política en que vivía un continente que se suponía católico, pero además lo calificó como violencia estructural y pecado colectivo. Lo cual supuso su condena tanto moral como teológica. Y, al declararse en favor de la liberación integral de los hombres y de los pueblos, alentó un camino nuevo para el compromiso social y político de los cristianos.

Este cambio de la Iglesia, favorecido por el clima político de los años sesenta, originó una gran esperanza y despertó fuertes dinamismos entre las bases populares de la Iglesia. Pero suscitó asimismo la violenta reacción de quienes estaban acostumbrados a servir de la Iglesia como coonestadora de sus actividades económicas y políticas. No sólo hubo acusaciones de marxismo y subversión, sino que se desató una cruda persecución de la Iglesia comprometida en prácticamente la totalidad de países latinoamericanos. Apoyándose a veces en exageraciones esporádicas, los poderes amenazados por una Iglesia, que se ponía al servicio del pueblo, multiplicaron sus esfuerzos por frenar este nuevo movimiento.

La propia Iglesia se vio confundida. Tras el entusiasmo de Medellín empezó a sentir en su carne institucional los costos políticos de su nueva dirección. Y una buena parte de la Iglesia, por decir poco, tuvo prudencia. ¿No se habría demasado lejos y demasiado apresada en el compromiso histórico con el pueblo oprimido? ¿No se habría olvidado el deber primero de evangelizar con el pretexto de estar promoviendo la justicia? Juegos electorales y presiones de todo tipo hicieron que cambiara la dirección efectiva del CELAM, puesta ahora en manos de su secretario general, Mons. López Trujillo. Con esta nueva dirección se intentó evitar las "desviaciones" a que podría haber animado Medellín, siendo la principal -no siempre confesada- el "demasiado" compromiso de la Iglesia con los procesos políticos de liberación y su presunta preferencia por los modelos socialistas frente a los modelos capitalistas.

Y es este Mons. López Trujillo quien organiza y manipula Puebla. Lo hace, entre otras cosas, seleccionando a quienes van a escribir los documentos de trabajo, que van a servir de base, si el Espíritu Santo no lo remedia, a una reunión de 15 días, en que apenas se da



tiempo a la discusión concienzuda de unos documentos, que se conocen de antemano, pero que es difícil sustituir por uno nuevo nacido de la confrontación directa de los participantes. (ECA ha estudiado la doble versión de estos documentos en los números de Marzo y Noviembre-Diciembre, 1978).

¿Es que Puebla no atiende a la actual situación de injusticia en que vive la mayoría de América Latina? Desde luego que sí. Sería imposible no hacerlo. Dice, por ejemplo; "vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la brecha profunda entre ricos y pobres, a pesar del notable crecimiento económico del Continente" (DI, 77). Habla de la extrema pobreza, de los modelos de desarrollo y el costo social, la inflación, el desempleo y sub-empleo, la industrialización, la lentitud e ineficacia de los cambios estructurales. En el orden socio-económico político habla de la proliferación de regímenes de fuerza y de ideologías y sistemas. Como causas de todo ello pone causas internas como la corrupción administrativa, el afán de lucro, la falta de esfuerzo, la falta de sentido social, etc. Pone causas externas como el hecho de la dependencia. Habla también de la carrera armamentista, la falta de integración, la fuga de capitales, etc.

Piensan los preparadores de Puebla que la Iglesia no puede quedar ajena a esta situación. "No movida por ambiciones terrenas, la Iglesia se siente íntima y realmente solidaria de toda la humanidad" (DI,447).

¿Dónde está, entonces, el "desviacionismo" de Puebla respecto de lo que representó Medellín?

Ante todo, en no hacer un análisis profundo de la situación y de sus causas. Si se pasa por alto el carácter dialéctico-estructural de nuestra sociedad, se está pasando por alto un hecho de primera importancia. Ver este hecho como lucha de clases o con otras categorías será una interpretación, pero no ver el conflicto estructural de intereses es una ideologización. Ignorar, por otra parte, que el conflicto tiene profundas raíces económicas y trasladar esas raíces al plano de lo cultural, es escaparse del fondo del problema. El esfuerzo "culturalista" de los preparadores de Puebla



intenta plantear el nivel de la "cultura" como independiente del nivel de la "economía". Considera, luego, que el nivel propio de la acción de la Iglesia es el nivel de la cultura. Y así se desliga del nivel de la economía o lo trata tan sólo desde el nivel de la cultura.

La segunda clase de problemas viene de su recurso a la doctrina social de la Iglesia como principio de solución de los problemas políticos y económicos. El pensamiento social de la Iglesia es útil en tanto que presenta unos marcos teóricos y unos principios ideales de la actividad humana. Es útil cuando subraya los derechos del hombre como persona, cuando recuerda el destino primario de los bienes de la tierra, cuando se enfrenta con el ~~ídolo~~ ídolo de la riqueza, cuando predica el uso común de los bienes, etc. Pero no es útil sino contraproducente cuando pretende ser un modelo económico completo, que pueda presentarse como ~~un~~ sustituto del modelo capitalista o del modelo socialista. No es útil cuando se inclina por un tercerismo que no fuera capitalista ni socialista. Porque ese tercerismo, en las circunstancias dominantes de América Latina, no puede ser en el mejor de los casos más que una forma un poco más templada idealmente del capitalismo. De hecho los partidos políticos que dicen inspirarse en la "doctrina" social de la Iglesia son partidos de derecha, aunque no sean de extrema derecha. Sucede al contrario con los movimientos populares que se inspiran directamente en la "fe" cristiana, que son movimientos mucho más radicales.

Actualmente sólo hay dos posibilidades: la posibilidad capitalista con todas sus variantes y la posibilidad socialista con todas sus variantes. Decir que ni el capitalismo ni el socialismo marxista son soluciones, es favorecer de hecho al sistema económico que está en el poder y que en la inmensa mayor parte de América Latina es el sistema económico capitalista. La posición de los preparadores de Puebla va de hecho a "mejorar" el capitalismo. Por otro lado, sus constantes ataques al marxismo como solución no cristiana pretenderían frenar todo apoyo cristiano a las corrientes de izquierda. Por eso la solución que proponen es parcial.

Con esta nueva orientación tal vez se consiga que los poderes establecidos suavicen su lucha contra una buena parte de la Iglesia;



hasta tal vez se logre que entren por el camino de los derechos humanos propiciados por Carter. Pero es dudoso que se logre frenar la entrega de la mejor parte de la Iglesia latinoamericana a la causa de los oprimidos. Esta entrega le seguirá llevando a la Iglesia a compromisos, que le pondrán en peligros y dificultades; pero también le seguirá dinamizando cristianamente, como ha ocurrido en los últimos años.

No sabemos qué ocurrirá en Puebla el próximo mes de Enero. No hay por qué perder la esperanza. La respuesta de la Iglesia latinoamericana al primer documento de consulta que hicieron los hombres de López Trujillo fue de rechazo; incluso los Obispos consideraron que se había producido un trabajo malo y excesivamente conservador. No ha habido tiempo para medir la respuesta al segundo documento de trabajo, que sigue siendo malo y conservador. Esperamos que los participantes en Puebla, a pesar de que se ha hecho un gran esfuerzo por evitar que vayan voces técnicas discordantes -están fuera de Puebla todos los mejores teólogos de la liberación- nos den un resultado, que no sea desviación de Medellín sino su renovación y continuación diez años después.

Ignacio Ellacuría

